

Capítulo 1

ESPACIO, TERRITORIO Y AMBIENTE

GEOGRAFÍA, ESPACIO Y TEORÍA SOCIAL

Ovidio Delgado*

INTRODUCCIÓN

Lo primero a lo que deseo invitar es a quitar de la mente algunas telarañas concernientes a la idea de espacio.

Orlando Fals Borda (2000: 1)

Algo común en las ciencias sociales de nuestro tiempo, es el reconocimiento de la importancia del espacio y la espacialidad de todos los fenómenos, sistemas y procesos sociales. La teoría social y sus practicantes celebran su descubrimiento del espacio (Santos, 1998; Wallerstein, 1998), y es así que historiadores, antropólogos, sociólogos, economistas, filósofos, entre otros, aseveran que no es posible una comprensión de la sociedad sin considerar el espacio, o en versiones más refinadas, sin tener en cuenta los diferentes espacio-tiempos en que se estructura la sociedad.

Pero el espacio no siempre fue importante en la teoría social y esos mismos teóricos señalan el acento historicista de todas las teorías sociales hasta finales del siglo XX (Fals, 2000; Giddens, 1995; Jameson, 1991; Lefèbvre, 1991; Santos, 1998; Soja, 1993). Giddens (1995: 143), por ejemplo, señala que con excepción de los trabajos de algunos geógrafos "los especialistas en ciencia social han omitido construir su pensamiento en torno de los modos en que los sistemas sociales se constituyen por un espacio-tiempo". Según Foucault (1980: 70, citado por Soja 1993), la obsesión modernista por la historia produjo una ciencia social en la que "el espacio fue tratado como lo muerto, lo fijo, lo no dialéctico, lo inmóvil. El tiempo, al contrario, era la riqueza, la fecundidad, la vida y la dialéctica".

* Profesor, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Geografía, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

La historia del pensamiento geográfico revela que tampoco la geografía se había preocupado lo suficiente por el espacio y que por consiguiente no era la ciencia espacial *par excellence*. Por ejemplo, se sabe que hasta los comienzos de la "revolución cuantitativa" el espacio no fue una categoría central para la geografía, ni mucho menos su objeto de investigación reconocido (Harvey, 1983; Santos, 1990). Los geógrafos de la tradición regional, que dominó el panorama académico hasta mediados del siglo XX y los de la incipiente "Nueva Geografía" de los años 60, basaron su trabajo en la idea de espacio absoluto, como contenedor de paisajes o de objetos en interacción, pero el espacio mismo no era objeto de reflexión (Gregory, 1984). En efecto, Harvey (1983:222) en 1969 indica que:

El espacio bien pudiera ser el concepto central con que cuenta la geografía para su coherencia interna como disciplina. Pero la propia naturaleza del espacio y las diferentes interpretaciones del concepto no se han tenido casi en cuenta.

Desde los años setenta, se ha emprendido en geografía una tarea teórica de gran importancia y productividad en torno al espacio. Positivismo, marxismo, existencialismo, postestructuralismo, postmodernismo y otros "ismos", sustentan una variopinta y contradictoria teoría geográfica sobre el espacio. En este escrito se presentan los principales elementos del discurso geográfico contemporáneo sobre este tema, a partir de una revisión de la bibliografía más reciente y reconocida

LA GEOGRAFÍA REGIONAL: PAISAJES, LUGARES, ÁREAS Y REGIONES EN VEZ DE ESPACIO

La geografía no siempre se definió como una ciencia espacial, es decir que tuviera al espacio mismo como objeto de estudio. La referencia geográfica al espacio se dio fundamentalmente en términos de la localización de objetos en contenedores espaciales, pero la geografía debía ocuparse del contenido y no del contenedor en sí mismo. Se dio por sentado que el espacio absoluto era una verdad sólida sobre la que el desarrollo de la geografía podía consolidarse, sin necesidad de participar en las discusiones filosóficas o científicas sobre su naturaleza. En el mejor de los casos, cuando la geografía se definía como el estudio del "espacio geográfico", se delimitaba su campo diferenciándolo de otras disciplinas como la física, las matemáticas o la geometría, aclarando que el espacio geográfico era la superficie de la tierra transformada por el hombre (George, 1967, 1970).

En la mayoría de las ocasiones, los geógrafos regionales utilizaron indistintamente los términos espacio, lugar, región y territorio como sinónimos, es decir como porciones de la superficie terrestre.

En consonancia con los principios de la ciencia positiva definida por Comte, los ojos de los geógrafos eran educados para ver y estudiar los paisajes y sus significados, y no para buscar estructuras abstractas o posibles causalidades ocultas. Gregory (1984: 43) ilustra el caso de la siguiente manera:

Carl Sauer, en su ensayo clásico sobre *La morfología del paisaje*, publicado en 1925, representaba a la geografía como "una ciencia que encuentra su campo entero en el paisaje". Según él, "la organización sistemática del contenido del paisaje avanza mediante la represión de las teorías apriorísticas que a él se refieren" de modo que la geografía se basa en "un sistema puramente evidencial, sin prejuicios sobre el significado de su evidencia"... "La geografía causal" declaró, quedaba ya atrás y había llegado el momento de establecer la geografía como "ciencia positiva". No hay duda de que esto lo entendía en un sentido comtiano, puesto que afirmaba como Goethe, que "no es preciso buscar algo más allá de los fenómenos; ellos mismos son el saber (*Lehre*) [las leyes]".

Hartshorne (1978: 22) reafirma en los años 60 que "la geografía tiene por objeto proporcionar la descripción y la interpretación, de manera precisa, ordenada y racional, del carácter variable de la superficie de la tierra", y señala como una exageración de Ratzel su intención de considerar las relaciones espaciales como parte esencial de la geografía, en detrimento de las diferencias de contenido de las áreas.

Un genuino estudio de geografía regional partía de delimitar una porción de la superficie terrestre para luego describir sus características físicas, humanas y culturales, de modo que dicha descripción reflejara la personalidad de esa porción de tierra denominada región, lo cual hacía posible su comparación en términos de similitudes y diferencias con otras regiones.

La geografía regional se definió como una ciencia singular, en la que las conclusiones obtenidas sobre una región no podían extrapolarse a otras, de modo que se proclamaba sin rodeos que no existían leyes en geografía, y no sólo en geografía humana, sino en la geografía en general, pues incluso se reivindicaba el carácter zonal de la geografía física (George, 1967). Haggett (1976: 7-8) recuerda que en el ambiente de mediados del siglo XX rondaba la idea de que no era necesario formular leyes generales en geografía y que el papel convencional atribuido a esta disciplina se resumía en "diferenciar la superficie de la tierra, entresacar y separar en ella sus áreas de características semejantes", y remata su juicio contra el enfoque

singularista afirmando que "la diferenciación por áreas ha dominado la geografía en detrimento de la integración de superficies".

La crisis del concepto de espacio absoluto que dominó en la geografía regional hasta mediados del siglo XX, tuvo que ver fundamentalmente con la crisis de la propia geografía regional, cuyos productos científicos tenían poca demanda social, pues los requerimientos de la economía, de la política o de la planificación del desarrollo, iban más allá de lo que una ciencia descriptiva y singular podía ofrecer en un ambiente científico ávido de teorías y modelos de predicción.

LA REVOLUCIÓN CUANTITATIVA: LA GEOGRAFÍA COMO CIENCIA ESPACIAL

A mediados del siglo XX la geografía se encontraba en una etapa de cambio paradigmático y una revolución científica socavaba los cimientos de la geografía regional. De dicha revolución surgió una geografía distinta que se conoce como "la ciencia espacial". En 1963 el geógrafo Ian Burton escribió que la revolución científica iniciada por la geografía a finales de los cuarenta y comienzos de los cincuenta, ya se había consumado en 1960.

A mediados del siglo XX Schaefer "abrió la puerta a la admisión formal del positivismo lógico dentro de la geografía" (Gregory, 1984: 48) y ésta se transforma paulatinamente en una "ciencia espacial" teórica y empírica con énfasis en el orden espacial y en la búsqueda de las leyes generales de la organización espacial, mediante un método científico naturalista.

En el nuevo paradigma el espacio es considerado, por una parte, como espacio concreto referido a la actual superficie de la tierra con toda la variedad del mundo real, y por otra, como espacio abstracto referido a la estructura espacial no visible. Según Peet (1998: 32):

El período de la posguerra conoció una geografía redefinida como la ciencia del espacio – el espacio no en los términos de la escuela de Berkeley como la superficie de la tierra transformada por la acción humana en un paisaje cultural, sino del espacio a imagen de la física, espacio reducido a la distancia entre puntos, con la conducta espacial como minimización de la distancia, y la geometría como lenguaje disciplinar. Con tal espacio se pudo emplear el moderno método científico, inicialmente midiendo regularidades estadísticas en forma inductiva, eventualmente con la lógica matemática como una ciencia deductiva.

El nuevo discurso geográfico se pone en evidencia en la siguiente cita (Gámir *et.al.*, 1995: 91) de un manual sobre análisis espacial:

En el análisis espacial, los nodos o vértices de la red pueden venir constituidos por los puntos de origen y destino de los intercambios (ciudades, puertos, aeropuertos o centros de zona –denominados centroides, si trabajamos a escala urbana, a los que se atribuyen las características del área que representan–). Los arcos o aristas se identifican con las rutas, tanto si tienen una estructura física o soporte (rutas terrestres) como si no cuentan con ella (rutas marítimas, aéreas, o referidas a teleflujos), o con los flujos (pasajeros, mercancías, flujos telemáticos...) que por ellas circulan, cuando se trata de redes valorizadas. En las redes urbanas de transporte público, como puede ser, por ejemplo, una red de metro, los nodos pueden venir constituidos por las paradas de las líneas de la red (o de forma más simple, por los puntos de origen y destino de las mismas) y las aristas pueden identificarse con los recorridos de las líneas... Los resultados de este tipo de análisis de cara a la planificación, permiten potenciar nodos a través de las mejoras en las conexiones de la red.

Es evidente que este tipo de trabajo implica que el geógrafo tenga un conocimiento profundo de la geometría de las redes y la teoría de los grafos, las cuales le permiten hacer comparaciones precisas entre la conectividad y la configuración de las redes (Haggett, 1976), lo mismo que un dominio de medidas de centralidad, dispersión de áreas y puntos, análisis de vecindad, de las técnicas de análisis de interacción espacial, y de correlación y autocorrelación espacial (Gámir *et.al.*, 1995), todo lo cual se halla muy relacionado con los actuales Sistemas de Información Geográfica (SIG).

El cambio ya aludido implicó poner el espacio como elemento articulador de la disciplina y a éste como objeto mismo de teorización, lo que a su vez trajo como consecuencia un viraje en los métodos, en el lenguaje, en las formas de representación y en las relaciones teóricas con ciencias poco exploradas por los geógrafos, como la matemática, la estadística, la teoría económica neoclásica y la teoría de sistemas, entre otras.

La organización espacial (de Souza, 1992) se relaciona con la forma como los individuos y las sociedades organizan el espacio para ajustarlo a sus necesidades. Este concepto provee una estructura para analizar e interpretar decisiones de localización y de movimiento, al igual que estructuras espaciales relacionadas con patrones de uso del suelo, localización industrial o asentamientos.

Pero el interés mayor se centró en la formulación de hipótesis y en la construcción de teorías acerca de la organización del espacio. En este escenario florece la teoría locacional como un intento de integrar la dimensión espacial con la teoría económica clásica para explicar y predecir las decisiones geográficas resultantes del agregado de decisiones individuales. Esto explica el interés de los geógrafos por los trabajos de Von Thünen, Christaller y Weber, entre otros, en los que se encontraron las bases para la construc-

ción de modelos normativos de interacción y difusión espacial, con énfasis en la racionalidad económica de agentes maximizadores de beneficios con el mínimo esfuerzo, y en el papel determinante de la fricción de la distancia como restricción espacial en la oferta y la demanda de bienes y servicios.

La idea central de este nuevo discurso es que lo real es una estructura espacial abstracta y ordenada, cuyo orden es posible revelar y representar a partir de teorías, leyes y modelos generales como elementos constitutivos de la nueva ciencia espacial. A partir del trabajo de Haggett (1976) el análisis locacional fue organizado alrededor del concepto de la región *nodal* como un sistema espacial abierto constituido por movimientos o flujos, redes, nodos, jerarquías y superficies y gradientes, tan posibles de representar en un modelo geométrico abstracto, como de ser identificados en la realidad empírica en movimientos de personas, mercancías e información; en redes de carreteras; ciudades de distinto rango y tamaño como nodos articuladores de las redes, y con sus respectivas áreas de influencia. Dicho sistema, su orden y sus componentes pueden ser reconocidos, medidos, conocidos en su funcionalidad y relaciones internas, lo mismo que regulados, modificados o reordenados en su estructura y funcionamiento, de acuerdo con la intencionalidad e intereses de los actores económicos o de las instituciones organizadoras del espacio.

Los principales conceptos que articulan el discurso de la geografía como ciencia espacial (de Souza, 1992: 15-21) son los siguientes:

- *Propiedades del espacio.* Algunas veces los geógrafos consideran el espacio como tridimensional (volumen), otras como espacio unidimensional (una línea entre dos puntos), pero la mayoría de las ocasiones lo representan en dos dimensiones (mapas). El espacio se puede considerar como abstracto o como concreto. Como abstracto es isotrópico e independiente de cualquier referencia a la superficie terrestre y permite elaborar modelos idealizados de estructuras y organización. Como espacio concreto corresponde a la actual superficie de la tierra con toda la variedad y diferenciación del mundo real.

La descripción, definición y medida del espacio requiere de pocos elementos. Una representación bidimensional del espacio abstracto se puede solventar mediante puntos, líneas y áreas, y a partir de los cuales es posible definir los conceptos básicos de distancia, dirección y conectividad, o los de aglomeración y accesibilidad como extensiones del concepto de distancia. Tales conceptos y sus extensiones son abso-

lutos cuando se aplican en una superficie isotrópica. En el espacio concreto también se pueden aplicar medidas absolutas o relativas. Así, por ejemplo, la localización relativa puede ser medida en términos de los costos o del tiempo requerido para vencer el obstáculo de la distancia. Esos costos son definidos como *fricción de la distancia*.

- *Procesos espaciales y estructura espacial.* Por proceso espacial se entiende un movimiento o flujo en el espacio, o una localización estratégica de un objeto. La estructura espacial se refiere a la organización interna de una distribución de elementos u objetos espaciales; estas estructuras limitan, canalizan o controlan los procesos espaciales. Por ejemplo, se puede afirmar que todo movimiento en el espacio se da entre nodos a través de redes, por lo que los atributos de localización, distancia, accesibilidad o conectividad son asuntos críticos para cualquier elemento del sistema, de modo que la estructura es un determinante de los procesos y éstos, a su vez, son determinantes de la estructura.
- *Interacción espacial.* Los flujos de mercancías, personas e información se reconocen como interacción espacial, fenómeno cuya cantidad tiende a decrecer con el aumento de la distancia. Este es un principio conocido como *distance-decay effect* y se considera válido para toda clase de cosas en todas las escalas geográficas. La interacción es también una función del tamaño de los nodos del sistema espacial, de donde se desprende la importancia del concepto de jerarquía. Para la explicación de la interacción espacial se desarrollaron los conceptos de complementariedad, oportunidad de intervención y transferibilidad, bajo la hipótesis de que el movimiento entre dos lugares es una función de la oferta de bienes o servicios en un lugar y de la demanda por esos mismos bienes y servicios en otro lugar (complementariedad); de la oportunidad de intervención de otro lugar, y de la razón costo-distancia (fricción de la distancia). Se supone que el incremento de los costos del movimiento con la distancia tiene un umbral más allá del cual la transferibilidad se hace imposible a pesar de la complementariedad o de la ausencia de oportunidades de intervención de otros lugares.

Desde los años 70 las críticas a la "ciencia espacial" se hicieron sentir con rigor, particularmente desde orillas filosóficas opuestas al positivismo lógico como el marxismo, la fenomenología y las epistemologías postmodernistas. Las razones de la crítica son varias y se refieren a su pretendida objetividad, a su marcado carácter abstracto, lo mismo que a su

alejamiento de la realidad social y sus compromisos con los intereses de las clases sociales en el poder. La concentración de sus esfuerzos científicos en las estructuras espaciales como si ellas fueran autónomas, autosuficientes y ahistóricas, le valió la asociación de su práctica con un verdadero "fetichismo espacial" (Gregory, 1994). Entre las principales limitaciones de esta teoría locacional (Healey e Ilbery, 1990) señaladas por sus críticos se resaltan las siguientes:

1. Las ideas neoclásicas de *hombre económico*, la maximización del beneficio, el conocimiento completo y la capacidad perfecta para utilizar y manejar la información por parte de los actores económicos, son insostenibles, puesto que razones no económicas también son importantes para comprender la conducta o comportamiento económico.
2. La mayoría de estos modelos carecen de contenido empírico y no son realistas.
3. No es posible derivar explicaciones sobre los patrones espaciales y su variación desde dentro de los mismos patrones, porque muchas de las causas que los generan son externas a ellos. Por lo tanto las explicaciones en el ámbito de la firma carecen de valor explicativo real.
4. La mayoría de los modelos son estáticos y la teoría no permite predecir los cambios sociales y económicos que ocurren en el mundo real.
5. Los modelos neoclásicos ignoran la historia y la posición de las firmas dentro de del sistema económico. La conducta locacional se aísla de su contexto histórico.
6. Los modelos locacionales son considerados como independientes de la realidad económica y cultural, sin tener en cuenta que son los procesos sociales y sus relaciones los que tienen una forma espacial, y que no existe alguna cosa como proceso espacial en sí mismo.

El geógrafo radical Richard Peet (1998: 32-33) enfatiza en el carácter instrumentalista de la geografía cuantitativa y recoge el sentido general de las críticas en la siguiente forma:

A pesar de su gran funcionalidad, la geografía humana como ciencia espacial fue aislada de la ciencia social en general, que tuvo dificultades para reconocer la significancia de "toda esta teoría acerca del espacio". La revolución espacial también produjo un dualismo entre espacio y ambiente, irónicamente en el momento en que los problemas ambientales ganaban importancia (geografía como el estudio de los efectos sociales *sobre* la naturaleza).

Pero la geografía como ciencia espacial no ha desaparecido de la escena, y su vigencia se nota, por ejemplo, en la gran demanda de información espacial de carácter empírico-analítico e interés técnico y en el incremento del uso de los Sistemas de Información Geográfica. Y su vigencia, tiene explicación en el hecho de que el conocimiento generado por este tipo de geografía tiene alta demanda en los sectores hegemónicos de la sociedad. Para entender el porqué de su vigencia, puede ser útil la tesis de Habermas de que el conocimiento tiene raíces históricas y sociales y que éste depende de los intereses cognoscitivos que pueden ser técnicos, prácticos o emancipatorios (Unwin, 1995). De este modo podemos asociar el discurso de la geografía como ciencia espacial, como conectado específicamente con el interés técnico.

Actualmente sigue teniendo interés la localización óptima de firmas o cualquier otro objeto en el espacio objetivo, lo mismo que la funcionalidad del espacio en términos de flujos, conectividad o accesibilidad. Colocar en el espacio objetivo, es decir localizar, digamos por caso un nuevo almacén para distribuir productos al por menor, requiere conocer las características de la disposición espacial de los otros almacenes existentes, y de aquellos otros objetos que tengan relación como las vías de acceso, la localización de aparcaderos, zonas de carga, etc.

La creciente demanda de datos espaciales de alto valor agregado, relacionados con la localización y distribución de fenómenos sobre la superficie terrestre, y la tendencia de especialistas de muchas disciplinas a espacializar sus datos y relacionarlos con otros datos espacializados, es clara evidencia de que las concepciones y las prácticas científicas basadas en las ideas de espacio objetivo absoluto y relacional mantienen plena vigencia. Digamos, por ejemplo, que los especialistas en salud consideran de suma importancia un mapa que muestre la variación espacial de una determinada enfermedad, o la variación espacial de la asignación del presupuesto en salud, de la misma manera que a un político le parecerá de gran utilidad un mapa electoral que muestre la variación espacial o distribución de los votos en una determinada región. Y qué decir de la utilidad del mapa que muestra la variación espacial de la criminalidad en una ciudad.

De gran utilidad puede ser para los planificadores del transporte urbano o interregional, disponer de mapas y bases de datos espaciales que especifiquen las redes de carreteras y el volumen de los flujos de pasajeros y carga entre los distintos nodos de la red. Esto se hace evidente en el tipo de información espacial que se maneja en los planes de ordenamiento territorial de los municipios. La manipulación automatizada de grandes cantida-

des de información espacial por medio de los Sistemas de Información Geográfica es también una muestra contundente de la vigencia de las mencionadas ideas espaciales.

Hay que advertir también que las ideas positivistas sobre el espacio y el reduccionismo de la distancia han sufrido cambios importantes dentro de la geografía como ciencia espacial. La teoría locacional se basa hoy en modelos complejos que incorporan muchas variables en el análisis de la toma de decisiones de los actores en el espacio. La llamada "dictadura de la distancia" ha sido fuertemente criticada internamente por la ciencia espacial, y en lugar de este reduccionismo y de la isotropía espacial, se estructuran modelos de análisis que contienen varios contextos que interactúan, sin que ninguna de dichas variables tenga prioridad permanente sino circunstancial. Dichos modelos multivariados incluyen el contexto ambiental, el contexto histórico, el contexto demográfico, el contexto cultural, el contexto tecnológico y el contexto político, entre otros, cuando se quiere explicar la conducta de los tomadores de decisiones, sean éstos individuos o firmas. Considerar estos contextos significa reconocer la variabilidad en su distribución espacial, considerando el espacio como la superficie terrestre. También implica aceptar la posibilidad de que en un momento dado uno de estos contextos, o varios a la vez, sean decisivos en la conducta espacial analizada. La aceptación de la complejidad de las estructuras espaciales en la nueva teoría locacional no significa un cambio esencial en la concepción del espacio objetivo como contenedor de objetos, ni como espacio relacional generado por las relaciones económicas que se dan en el espacio objetivo en escalas locales y globales.

Ocurre sí que el discurso de la geografía positivista como ciencia espacial ya no es hegemónico y tiene que compartir o disputar con otras tendencias y otros intereses un puesto en la práctica disciplinar.

LA GEOGRAFÍA RADICAL: LA PRODUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO

Los años setenta del siglo XX están marcados en la historia de la geografía como los de la revolución de la "Geografía Radical", un movimiento intelectual cuyas bases ideológicas liberales iniciales se fueron transformando paulatinamente en planteamientos socialistas para coronar con la adopción del marxismo como sustento teórico para su actitud de ciencia crítica.

El nuevo discurso desnaturaliza el espacio, pues asume que el espacio geográfico no es un ente natural, sino un subproducto social del modo de producción y que su comprensión sólo es posible a partir de una geohistoria

que implica el conocimiento de los procesos involucrados en su producción, lo que hará de la geografía una especie de "economía política" de la producción del espacio (Harvey, 1982, 1989, 1996, 2000; Soja, 1989, 1996; Santos, 1992, 1996). El espacio es lo que la economía hace de él, y el paisaje económico es el producto de la estructura total del sistema económico en el cual actúan los individuos que toman decisiones económicas.

Harvey aboga por una geografía que dé cuenta de cómo se han producido y cómo se reproducen las formas espaciales bajo el capitalismo, caracterizadas por el desarrollo geográficamente desigual en las condiciones ecológicas, culturales, económicas, políticas y sociales, para lo cual se requieren formas críticas de pensamiento. A partir del argumento de que las diferencias espaciales y ecológicas son constitutivas de los procesos socio-ecológicos y político-económicos, considera que es fundamental "proveer un aparato conceptual para investigar sobre la justicia de tales relaciones y sobre cómo el sentido de justicia está histórica y geográficamente constituido" (Harvey, 1996: 6). Y puesto que el marxismo ortodoxo se concentra en los procesos temporales manteniendo la especialidad constante, considera necesario asumir una aproximación dialéctica relacional, histórico-geográfica y materialista, como única forma de teorizar sobre la producción del espacio.

Los argumentos centrales de Harvey (1989, 1996, 2000) son los siguientes:

1. Espacio y tiempo son construcciones sociales profundamente arraigadas en la materialidad del mundo y son el producto de las distintas formas de espacio y de tiempo que los seres humanos encuentran en su lucha por la supervivencia material. El descubrimiento de las características variables de tiempo y espacio (a través de la física, la ecología, la biología, etc.), es fundamental para comprender la elección social de los procesos usados para la construcción social del espacio y del tiempo.
2. Las concepciones de espacio y de tiempo dependen igualmente de los acerbos culturales, metafóricos e intelectuales de los grupos sociales. Tiempo y espacio son hechos de la naturaleza, pero tales hechos no se pueden conocer por fuera de nuestro entramado cultural simbólico que incluye el lenguaje y los sistemas de creencias.
3. La construcción social del espacio y del tiempo operan con la fuerza total de los hechos objetivos a los que todos los individuos e instituciones responden necesariamente. Decir que algo es socialmente producido no es reconocerle el carácter de subjetividad individual.

4. Las definiciones sociales de espacio objetivo y tiempo objetivo están implicadas en procesos de reproducción social, de manera que una forma particular de representación del espacio y del tiempo orienta la práctica social en un sentido que asegura el orden social. Las representaciones del espacio y del tiempo surgen del mundo de las prácticas sociales pero son a su vez instrumentos de regulación de dichas prácticas.
5. La producción social del espacio y del tiempo es un escenario de lucha política y confrontación social en el que se involucran cuestiones como las diferencias de clase, de género, culturales, religiosas y políticas. El intrincado control social por el orden espacial, las formas de desafío del orden social por las transgresiones de los límites espaciales, los espacios simbólicos y la semiótica de los órdenes espaciales, crean textos que deben ser leídos en términos sociales. La organización espacio-temporal interna del hogar, del lugar de trabajo, de las ciudades, es el producto de luchas entre fuerzas sociales opuestas por mantener o cambiar un orden social. La dinámica social es también lucha de poder por el espacio, lucha por órdenes espaciales alternativos.

De lo anterior, el autor en referencia colige que el espacio y el tiempo son permanentemente creados y recreados para adaptarlos a las condiciones del modo de producción, que fija el contexto de posibilidades en que pueden ocurrir estas creaciones. De suerte que las diferenciaciones geográficas son rasgos activamente reconstituidos del modo de producción capitalista y no meros residuos históricos. El producto de la reestructuración capitalista contemporánea es el desarrollo geográfico desigual, cuyas manifestaciones se notan, por ejemplo, en escala global en los desequilibrios entre centro y periferia, o en escala local en los paisajes urbanos altamente estratificados social, económica y políticamente.

Sobre el método para abordar la comprensión del espacio, particularmente en lo que tiene que ver con el desarrollo geográficamente desigual del capitalismo, lo mismo que sobre las formas para evaluar la justicia/injusticia de las diferencias producidas por el desarrollo capitalista, Harvey (1996) propone reconstruir una teoría marxista del espacio que él denomina materialismo dialéctico historico-geográfico, cuyos presupuestos son:

1. El tratamiento de la diferencia y de la "otredad" no como algo que debe agregarse a las categorías marxistas más esenciales (como las de clase y fuerzas productivas), sino como algo que debiera estar omnipresente en cualquier intento dirigido a analizar la dialéctica del cambio social. La importancia que posee la recuperación de aspectos de la organiza-

ción social como la raza, el género, la religión dentro del marco global del análisis materialista histórico (con su énfasis en el poder del dinero y en la circulación del capital) y la política de clase (con su preocupación centrada en la unidad de la lucha de emancipación) no puede sobreestimarse.

2. Un reconocimiento de que la producción de imágenes y de discursos es una faceta importante de la actividad que tiene que ser analizada como parte de la reproducción y transformación de cualquier orden simbólico. La estética y las prácticas culturales importan, y del mismo modo las condiciones de su producción merecen la mayor atención.
3. Un reconocimiento de que las dimensiones del espacio y el tiempo son importantes y que hay verdaderas geografías de la acción social, verdaderos y metafóricos territorios y espacios de poder que resultan vitales en tanto fuerzas organizadoras en la geopolítica del capitalismo, al mismo tiempo que son los lugares de las innumerables diferencias y de las otredades que se deben comprender por derecho propio, y dentro de la lógica mayor del desarrollo capitalista. Por fin, el materialismo histórico está empezando a tomar en serio su geografía.
4. El materialismo histórico-geográfico es una modalidad abierta y dialéctica y no un cuerpo de concepciones fijo y clausurado. La meta-teoría no es una afirmación de la verdad total, sino un intento de reconciliarse con las verdades históricas y geográficas que caracterizan al capitalismo, tanto en general como en su fase actual.

Harvey asume una aproximación dialéctica (relacional), histórica-geográfica y materialista al conocimiento, y considera que las reglas de la teorización son aquí diferentes de las que pueden ser construidas en la aproximación analítica o positivista, sin que esas teorías sean totalmente incompatibles unas con otras. Las metanarrativas teóricas sociales (como las de Marx y Weber) se concentran generalmente sobre los procesos de cambio temporal, manteniendo la espacialidad constante, razón por la cual Harvey se interesa en reconstruir la metateoría marxiana incorporando una comprensión de la espacio-temporalidad (y los hechos socio-ecológicos) dentro de esta estructura. Rechaza cualquier argumento relacionado con la idea de que la espacialidad hace imposible la teoría y declara su interés por teorizar sobre «la producción del espacio», en particular, o más generalmente, sobre la «producción de la naturaleza».

En la misma línea de pensamiento, los planteamientos de Soja (1993, 1996) tienen también fundamento en el marxismo heterodoxo, particular-

mente en la obra de Lefèbvre (1991) sobre la producción social del espacio. Para Lefèbvre, quien centra su interés en el espacio social, el espacio es abstracto y al mismo tiempo concreto; abstracto puesto que no tiene existencia sino en virtud de la intercambiabilidad de todas sus partes componentes, y concreto puesto que es socialmente real y como tal está localizado; el espacio es por consiguiente homogéneo, aunque al mismo tiempo diferenciado, es decir, constituye una contradicción dialéctica no revelable ni con el método de Hegel ni con el de Marx, ambos basados en el análisis del tiempo histórico. El análisis de la producción (social) del espacio (social), es abordado por Lefèbvre como una "economía política del espacio y su producción", es decir, como un proceso histórico desde tres ámbitos: las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y los espacios de representación.

Las prácticas espaciales se refieren a la producción de la espacialidad de cada formación social. La práctica espacial de una sociedad es revelada descifrando su espacio. Las representaciones del espacio tienen que ver con el espacio interpretativo, y se refieren al espacio conceptualizado por científicos, planificadores, urbanistas, tecnócratas, artistas, etc., generado en las relaciones de producción; es el espacio dominante en cualquier sociedad (o modo de producción) y se expresa mediante el uso de sistemas verbales y signos gráficos, mapas y planos e imágenes mentales del espacio que contienen las representaciones del poder y de la ideología dominantes. Los espacios de representación o espacios vividos por los habitantes y usuarios del espacio, son espacios de resistencia, espacios simbólicos y contraespacios que contienen simultáneamente a los otros espacios.

El interés de Soja es hacer visible para la teoría social la espacialidad de la vida social, mantenida oculta por el historicismo que la despojó de toda significación política y práctica. La geografía forma parte de la teoría social y le corresponde desarrollar y reafirmar el carácter espacial de la vida social reivindicado por las tendencias postmodernas.

La espacialidad es, según Soja (1993), el espacio socialmente producido por el conjunto de las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales entre los individuos y los grupos. Existe en formas concretas de organización social y como medio propio de la vida social. Es tanto el resultado de la acción social sobre la naturaleza, como de la propia dinámica social. Es diferente del espacio físico de la naturaleza material y del espacio mental de cognición y representación de los individuos, los cuales son incorporados en la producción de la espacialidad y transformados en el proceso, pero no son su equivalente. La espacialidad se torna concreta, material y

contingente, contradictoria y dialéctica, y se puede describir como el medio y como el resultado de la dinámica de la sociedad. La vida social es materialmente constituida en su geografía histórica en los diferentes modos de producción. La existencia social se vuelve concreta en la geografía y en la historia, es decir en su espacialidad que debe ser constantemente reajustada, reestructurada y reproducida socialmente, lo que la hace una fuente perpetua de contradicción y conflicto. Estas consideraciones exigen (Soja, 1993) una interpretación materialista de la espacialidad que permita rescatarla de la opacidad y de la ilusión de transparencia e irrelevancia política en que la han mantenido el positivismo, el idealismo y el marxismo tradicional, y aún el más contemporáneo que apenas le concede la condición de un epifenómeno reflejo de la estructura económica.

En una reciente relectura de *The Production of Space* de Lefèbvre (1991), Soja (1996), asumiendo con Heidegger y Sartre que la existencia del Ser es simultáneamente histórica, social y espacial, retoma la ontología dialéctica del Ser, constituida por Espacialidad, Historicidad y Sociabilidad, como fundamento para la construcción de una teoría social que no dé prioridad ontológica a ninguno de los momentos de la relación, como hasta ahora ha ocurrido, sino que los considere íntimamente relacionados, interdependientes y contenidos entre sí. La teoría social, a su juicio, tradicionalmente los ha estudiado en disciplinas separadas, privilegiando la historicidad y la sociabilidad, y poniendo el momento de la espacialidad en las márgenes, o como un contenedor, estado o ambiente externo constrictivo de la conducta humana y de la acción social.

En los mismos términos Soja (1996) considera que la geografía, al estudiar la espacialidad, debe partir de una epistemología del espacio fundamentada en una relación dialéctica entre la espacialidad percibida, la espacialidad concebida y la espacialidad vivida. Ninguna de las espacialidades puede ser estudiada en ningún aislamiento especializado, ni dotada de prioridad ontológica alguna que desvirtúe a las otras. Pero la geografía ha confinado el conocimiento espacial al "Primer Espacio" (espacio percibido) y al "Segundo Espacio" (espacio concebido), y a sus teorizaciones asociadas con el análisis empírico y las prácticas sociales. El "Tercer Espacio" (espacio vivido) ha sido marginado. En un ajustado resumen, las ideas centrales son las siguientes (Soja, 1996: 76-81):

Las epistemologías del Primer Espacio que hacen énfasis en las prácticas espaciales o espacio percibido, han privilegiado la objetividad y la materialidad de la espacialidad física y han producido una ciencia en forma de física social, como en el caso de la "geografía como ciencia espacial"

fundamentada en el positivismo lógico, que actualmente hace énfasis en los Sistemas de Información Geográfica (SIG) y en las imágenes de satélites para recolectar y organizar grandes cantidades de datos. Desde la perspectiva de la geografía histórica de corte positivista e historicista, la producción del Primer Espacio es tratada como una secuencia histórica de geografías cambiantes que son el producto de las relaciones dinámicas de los seres humanos con el ambiente construido y con el ambiente natural.

Las epistemologías del Segundo Espacio tienen bases idealistas y se caracterizan por su énfasis en la explicación del espacio como cosa pensada, por lo que las explicaciones se tornan más reflexivas, subjetivas, introspectivas, filosóficas e individualizadas, como se nota en el interés de la geografía por los mapas mentales y las denominadas geografías humanísticas.

Las epistemologías del Tercer Espacio, son por ahora posibilidades que deberán surgir de la deconstrucción de las anteriores epistemologías, y se deberán enfocar sobre los espacios de representación codificados o no, relacionados con el lado clandestino de la vida social, llenos de política e ideología, que descansan en las prácticas materiales que concretan las relaciones sociales de producción, explotación y sometimiento. Deberán hacer énfasis en los espacios dominados, en los espacios de las periferias, en los márgenes y en los marginados, en los espacios de la oposición radical y de la lucha social, en los espacios de la diferencia y de la diferenciación.

En América Latina el geógrafo que más se ha interesado por teorizar en torno al espacio es el brasileño Milton Santos (1987, 1990, 1991, 1996a, 1996b, 1997a, 1997b, 1997c). Santos comparte con las tradiciones estructuralistas marxistas como las de Harvey y Soja, las ideas de que el espacio es producido socialmente y de que cada modo de producción crea y recrea el espacio a su conveniencia. Pero toma distancia de estas conceptualizaciones al considerar el espacio como un concreto social con identidad propia, no como una cosa ni como un sistema de cosas, sino como una realidad relacional—cosas y relaciones juntas—cuya realidad material no se reduce a un mero producto o epifenómeno de una estructura económica, sino que es una de las estructuras de la sociedad y que está en evolución permanente. "El espacio es un sistema complejo, un sistema de estructuras, sometido en su evolución a la evolución de sus propias estructuras" (Santos, 1997a: 16).

Para Santos (1997a), la esencia del espacio es social, histórica y política, pero el espacio es en sí mismo un híbrido que participa igualmente de lo social y de lo físico. Éste debe considerarse como una instancia de la sociedad, en los mismos términos que las instancias económica y cultural-ideo-

lógica, y no como una simple superestructura o producto reflejo del modo de producción. El espacio no es apenas un conjunto de las cosas naturales y artificiales, sino todo eso junto con la sociedad. Los objetos geográficos distribuidos sobre un territorio constituyen su configuración geográfica o configuración espacial.

El espacio como estructura es, para Santos, una totalidad cuyos componentes son los hombres, las firmas, las instituciones, el medio ecológico y las infraestructuras. Los hombres son elementos del espacio, ya sea en calidad de trabajadores, jóvenes, desempleados o empleados. Las demandas de cada individuo como miembro de la sociedad total son atendidas por las firmas y las instituciones; las firmas tienen como función esencial la producción de bienes, servicios e ideas, en tanto que las instituciones son productoras de normas, órdenes y legitimaciones. El medio ecológico es el conjunto de los elementos territoriales que constituyen la base física del trabajo humano, y las infraestructuras son el trabajo humano materializado y geografitado en forma de casas, plantaciones, caminos, etc. Mediante el estudio de las interacciones entre los diversos elementos se recupera la totalidad social, es decir, el espacio como un todo.

La geografía según Santos (1996a) es una disciplina cuyo objetivo principal tiene que ver con el estudio del espacio definido como una totalidad estructural formada por un conjunto indisoluble, solidario y contradictorio de sistemas de objetos y de acciones, no considerados aisladamente, sino como un cuadro único en el que acontece la historia. El espacio de hoy se caracteriza por estar constituido por objetos cada vez más artificiales, y por sistemas de acciones igualmente cargadas de artificialidad que se presentan cada vez más extraños al lugar y a sus habitantes. El medio de la primera naturaleza está siendo sometido a una transformación creciente mediante el incremento de la carga técnica que lo convierte en un "medio técnico-científico informacional", homogéneo y fragmentado simultáneamente.

Esta fragmentación se expresa en la desigual concentración de la técnica en el espacio y en la ruptura de las continuidades, haciendo que unos lugares se articulen en redes hegemónicas y jerarquizadas nacionales y mundiales, en tanto que otros quedan desvinculados de los lugares contiguos y de las redes. Los espacios más tecnificados son como islas de modernización que se articulan a los espacios en redes hegemónicas de alcance mundial, mientras que los menos tecnificados son excluidos y se mantienen como espacios letárgicos y atrasados.

Definiendo las cosas como el producto de una elaboración natural, y los objetos como el producto de una elaboración social, Santos observa que

asistimos a un proceso acelerado de transformación en el que cada vez más los objetos toman el lugar de las cosas y todo tiende a ser objeto. Así, la naturaleza se transforma en un verdadero sistema de objetos, en un proceso de desnaturalización de la naturaleza. El espacio no es neutro, sino que "su evolución es al mismo tiempo un efecto y una condición del movimiento de la sociedad global", y "cada combinación de formas espaciales y de técnicas correspondientes constituye el atributo productivo de un espacio, su virtualidad y su limitación" (Santos, 1996b: 25). Si bien Santos se resiste al determinismo económico que caracteriza a los marxistas ortodoxos, una especie de determinismo técnico-científico parece dominar en su concepción del espacio. La técnica, dice Santos (1997b: 63), "constituye un elemento de explicación de la sociedad".

Sobre la geografía crítica que se ha descrito es necesario hacer algunas consideraciones adicionales. Los críticos situados en el positivismo le enrostran su poca utilidad práctica. A esto se puede responder que su inutilidad se debe a que no tiene interés técnico sino crítico, y de ahí su énfasis en la comprensión del espacio y de las estructuras espaciales, más que en el espacio o en las estructuras en sí mismas. La geografía crítica no está interesada en producir conocimiento sobre la geometría de las formas espaciales, sino sobre los procesos que generan las formas; de ahí su inclinación por la geohistoria de dichas formas. Un marxista convencido dirá que el conocimiento geográfico crítico es útil para cambiar el mundo, pero no para mantener el estado de las cosas, afirmando así el carácter revolucionario de su teoría.

Pero otras observaciones son menos fáciles de responder. Por ejemplo, los postmodernistas señalan que su discurso espacial no es suficiente para entender la naturaleza de nuevos movimientos sociales que no tienen origen en la lucha de clases, tales como los asuntos de género, ambiente, homosexuales, étnicos, entre otros. Los movimientos postestructuralistas, el postmodernismo, o el pensamiento postcolonial, critican con vehemencia el metadiscurso marxista por su totalitarismo y su poca o nula sensibilidad por la diferencia. Una de esas manifestaciones es la geografía de género, de cuyo discurso espacial nos ocuparemos en adelante.

EL ESPACIO EN LAS PERSPECTIVAS DE LA GEOGRAFÍA DE GÉNERO

Las ciencias sociales (Sabaté, 1995) han desarrollado, desde los años setenta, líneas de investigación empírica y teórica en las que el concepto de género aparece como un elemento explicativo de la organización de la

sociedad. Pero la teoría social desde la perspectiva de género ha ignorado el papel del espacio, y la geografía centrada en los análisis del espacio ha ignorado la perspectiva de género como variable importante de la diferenciación social.

La geografía de género, influenciada por las corrientes postmodernistas y postestructuralistas, pretende llevar a cabo una deconstrucción de las geografías que, tradicionalmente parcializadas a favor del hombre, han ignorado esta perspectiva. La idea que dirige este proyecto intelectual es que el espacio no es neutro desde la perspectiva del género y que es necesario incorporar estas diferencias sociales en el análisis espacial y territorial, porque ellas permiten entender las claves de la organización de la sociedad que discrimina a las mujeres el acceso al espacio y que utiliza el espacio como medio de control social y político; el espacio es un instrumento de discriminación, de dominación y control que sustenta el dominio masculino en la sociedad. La desigualdad social entre hombres y mujeres se espacializa, y la espacialización de la mujer constituye un medio de dominación. Entonces, la lucha por la justicia en las relaciones de género, pasa necesariamente por la lucha política por el espacio y las espacialidades alternativas que incluyen, entre otras, las esferas del hogar, el trabajo, la recreación y la vida comunitaria. Para ilustrar, basta con señalar que la lucha de las mujeres por el trabajo fuera del hogar, al que históricamente fueron confinadas mediante la espacialización del trabajo de la mujer expresado en el adentro o el interior del espacio doméstico, es necesariamente una lucha por la conquista de nuevos espacios y por la generación de espacialidades más justas en la sociedad de la que son parte. Explicitar la no neutralidad del espacio en la vida social y en su organización y reproducción, es también hacer visibles sus potencialidades políticas.

Las geografías modernistas, tanto las positivistas como las marxistas, se argumenta, además de que asumen una visión occidentalista del mundo, son de perspectiva masculina, ignoran "el otro" femenino y a menudo definen la femineidad como ausencia de masculinidad (Massey, 1994). La idea central es que las prácticas sociales de producción y reproducción del espacio, de representación y organización espacial de la vida social, en todas las escalas desde lo local hasta lo global, deben ser exploradas teniendo en cuenta las diferencias de género y las relaciones de poder que de ellas se derivan. Lo femenino debe ser considerado como "el otro" diferente, en términos positivos y no como lo carente de masculinidad (Sabaté *et. al.*, 1995). Doreen Massey señala que dicha tarea requiere de visiones alternativas del espacio fundadas en las siguientes proposiciones (Massey, 1994: 264-269):

1. El espacio no es estático y el tiempo no es aespacial. De hecho, la espacialidad y la temporalidad son diferentes, pero ninguna puede ser conceptualizada como la negación de la otra. Es necesario insistir en la necesidad de pensar que todas las cosas ocurren en términos del espacio-tiempo.
2. Es necesario conceptualizar el espacio como producto de las interrelaciones, como la coexistencia simultánea de interpelaciones e interacciones en todas las escalas desde el nivel más local hasta el más global. Urge reconocer que lo espacial es socialmente constituido, tanto como que lo social es necesariamente constituido espacialmente. El espacio no es estático porque las relaciones sociales que lo crean son dinámicas. Como consecuencia de su creación social el espacio está lleno de poder y simbolismo, y es una compleja red de relaciones de dominación, de subordinación, de solidaridad y de cooperación.
3. Lo espacial es tanto un elemento de orden como de caos. El espacio contiene y expresa el orden impuesto por lo socialmente planeado, pero también el desorden producido por la yuxtaposición de espacialidades contradictorias, por los posicionamientos espaciales de los "otros", o las contraespacialidades de los subordinados. En este sentido el espacio es político y abierto a la lucha política. No es fijo, ni muerto, ni mucho menos neutral.
4. Los roles desempeñados por las mujeres en el hogar, en el trabajo y, en general, en todos los ámbitos de la vida social, son espacialmente organizados y espacialmente controlados por los hombres y constituyen un instrumento de dominación y discriminación. Las prácticas sociales desarrolladas por las mujeres generan espacialidades propias de su género, son diferentes y como tales deben ser consideradas.
5. La emancipación femenina incluye la conquista del espacio, el empoderamiento espacial y la ruptura de espacialidades opresoras como las generadas en las relaciones patriarcales.

Los geógrafos marxistas ortodoxos y heterodoxos no comparten en su totalidad los argumentos de las geografías de género. Consideran que esta visión del espacio es fragmentadora, no sólo del espacio, sino de la acción política. Algunos hasta denuncian un carácter reaccionario de estas luchas localizadas que denominan particularismo militante, haciendo notar que esas contradicciones no esenciales entre género desvían la lucha necesaria contra el capitalismo. La micropolítica, connatural a los movimientos postmodernistas, como el de la geografía de género, multiplican por miles

los escenarios de lucha política, con el inconveniente de que son luchas fragmentadas y aisladas que tienen poca efectividad.

Pero son tan evidentes las diferencias que hoy se expresan, que el concepto marxista de clase social parece insuficiente, por ser tan general, para considerar la gran diversidad de intereses de género, de etnia, de edad o de sexo que constituyen la realidad de la vida cotidiana. Y al lado de las geografías de género surgirán otras geografías de grupos excluidos o no reconocidos por los metadiscursos que han caracterizado la geografía tradicional. Tal vez eso explique que geógrafos como David Harvey o Edward Soja, particularmente este último, consideren que es necesario construir aproximaciones teóricas que permitan incluir estas diferencias en discursos generales que a su vez consideren las diferenciaciones que el espacio hace. Es imposible para un geógrafo no reconocer que el espacio es generador de diferencias y que al mismo tiempo el espacio es un instrumento de diferenciación, de inclusión, pero también de exclusión. La justicia y la injusticia se expresan espacialmente.

El postmodernismo ha hecho visible esta realidad, pero se debe tener en cuenta que la injusticia espacial, la territorialización y la desterritorialización como estrategias de espacialización, no son hechos que se pueden explicar como casos singulares, sino que también tienen una configuración estructural que no puede ser soslayada. La micropolítica que responde a espacialidades y espacializaciones de las relaciones sociales en el nivel local, debe estar articulada con la macroestructura del sistema de circulación del modo de producción capitalista, y por lo tanto con la macropolítica anticapitalista.

La geografía no puede pasar por alto estas cosas, pero tampoco puede olvidarse de la localidad de las relaciones sociales, que como en el caso del género, se expresan en la discriminación de las mujeres por sus mismos compañeros de clase. Es un hecho real que machistas de todas las clases sociales ejercen y fortalecen las espacialidades de la vida social que les dejan ventajas en relación con las mujeres. La articulación de lo local con lo global es una tarea que reta a la teoría geográfica.

LA TERCERA VÍA: EL ESPACIO DESDE LA TEORÍA DE LA ESTRUCTURACIÓN

En la teoría social contemporánea se está desarrollando un amplio e interesante debate, no sólo en torno a la importancia del espacio en la explicación y comprensión de la dinámica social, sino sobre la naturaleza misma del espacio. Uno de los mayores logros sobre el asunto es el de la "Teoría de

la Estructuración", desarrollada por el teórico social Anthony Giddens, cuyos planteamientos han sido considerados por algunos geógrafos como útiles para entender la producción y reproducción del espacio (Gregory, 1994; Knox, 1994).

El aporte de esta teoría a la geografía es cada día más importante, particularmente en lo que tiene que ver con la comprensión de la producción del espacio y la construcción social de la realidad, no solamente por situarse en una vía intermedia entre los discursos estructuralistas y postestructuralistas, sino porque permite valorar el papel de estructuras y actores en dichos procesos. El geógrafo Paul Knox (1994) reconoce sus potencialidades para el análisis de la producción social del espacio urbano, pues permite mirar el espacio físico como abierto a la construcción de realidades significativas, que reflejan los valores, las actitudes y las estructuras cognitivas de los diferentes grupos implicados en los procesos, a la vez que permite comprender cómo la urbanización como estructura socialmente espacializada reproduce y mantiene la dinámica de las relaciones de la sociedad capitalista.

Knox (1994: 284-285) sigue los argumentos de Giddens sobre la estructuración de la vida social para reformular el discurso de la geografía urbana, que en su criterio debe ocuparse de estudiar tanto los procesos como los productos y las consecuencias de la urbanización. De él toma el concepto de estructuración basado en la interdependencia entre, por una parte, los sistemas sociales y las estructuras, y por otra, la intencionalidad de la conducta individual, y plantea que los paisajes humanos son creados por actores reconocidos (agentes) que operan dentro de un contexto social específico (estructura). Las relaciones entre estructura y agentes son mediadas por una serie de instituciones capaces de permitir o constreñir la acción. En el análisis se pueden identificar tres niveles: estructuras, instituciones y agentes o actores. Las estructuras incluyen las arraigadas prácticas sociales de larga duración y que gobiernan la vida diaria, como la ley o la familia; las instituciones representan la forma de las estructuras, incluyendo, por ejemplo, el Estado y los aparatos estatales; los agentes son los actores humanos individuales que determinan los productos precisos y observables de cualquier interacción social.

El teórico social Gottdiener (1994) identifica cambios importantes en la que denomina "nueva ciencia espacial" constituida por el cruce interdisciplinario de los discursos del urbanismo, la geografía y la antropología, integrados dentro de los fundamentos de la teoría de la estructuración. Esta

nueva ciencia espacial parte de las consideraciones que se exponen a continuación.

1. Tanto las relaciones espaciales como las temporales son intrínsecas a todos los aspectos de la organización social.
2. Ningún modelo simple de economía política, ni marxista ni neorricardiana, puede ser suficiente para deducir los actuales patrones del desarrollo regional multinucleado.
3. Una característica importante de la producción social del espacio es que los fenómenos geográficos y demográficos son representativos de fuerzas sociales que interactúan y están mutuamente relacionados.
4. La nueva ciencia del espacio necesita comprender integralmente la naturaleza tridimensional de la organización socioespacial constituida por relaciones jerárquicas entre los lugares, las relaciones contextuales interactivas y las relaciones formadoras de aglomeración.
5. Para explicar la producción del espacio es necesario hacerlo en el contexto general de la teoría de la estructuración. Las formas espaciales son productos contingentes de la articulación dialéctica de la acción y la estructura. Las formas espaciales no revelan por sí mismas las manifestaciones de las fuerzas sociales, sino que ellas deben ser analizadas con detenimiento y más allá de sus apariencias. Sólo existen formas espaciales y modos de producción relacionados por un proceso contingente en varias fases de desarrollo y cambio, y son estos procesos los que deben llamar nuestra atención y no las formas en sí mismas.
6. Para analizar la producción del espacio es necesario considerar los aspectos estructurales del capitalismo más pertinentes y discutir en detalle las características de esos aspectos estructurales, dando énfasis al capitalismo como modo de producción dominante y como un sistema de desarrollo socialmente desequilibrado. Esas fuerzas estructurales contemporáneas son, por ejemplo, la emergencia de las corporaciones globales y transnacionales que reorganizan la producción en un sistema global caracterizado por la acumulación flexible, la descentralización de la producción, la desindustrialización del centro y la industrialización de la periferia; las transformaciones en las funciones del Estado, la desregulación de la economía y las tendencias dominantes del mercado libre, lo mismo que la emergencia de la ciencia, la tecnología y la industria del conocimiento como fuerzas de producción dominantes.
7. Además de las transformaciones estructurales es necesario tener en cuenta y enfatizar los intereses específicos de los actores que operan en

la sociedad para canalizar los procesos de desarrollo en direcciones específicas y proyectos que crean las formas del ambiente construido. Estos intereses sociales, económicos y políticos específicos se refieren, por ejemplo, a los de los actores involucrados en el negocio de los bienes raíces, la banca, las finanzas, el capital corporativo y el comercio, lo mismo que a los políticos corruptos, los grupos locales de presión, los partidos políticos que necesitan financiación, los ambientalistas y los propietarios de viviendas, entre otros. Sus intereses y los conflictos entre los distintos actores son cuestiones muy importantes en la estructuración del espacio y en cambios espaciales. Comprender el papel de los intereses de los actores en la producción social del espacio requiere entender que los capitalistas son activos en el espacio, y de ahí la necesidad de especificar las acciones de los grupos sociales que constituyen sus respuestas a los incentivos sistémicos del capitalismo.

8. La producción social del espacio explicada mediante la articulación dialéctica entre acción y estructura, difiere de las perspectivas convencionales que tratan el ambiente construido como el producto de múltiples decisiones independientes tomadas por actores sociales separados.

Es evidente la intención de esta última propuesta teórica y metodológica por dejar en claro que la comprensión y la explicación de la producción del espacio no se pueden abordar en forma reduccionista ya sea del tipo estructuralista o del tipo postestructuralista. Se trata de tener en cuenta tanto estructuras como actores. Pero la distancia que toma de los enfoques marxistas es evidente cuando se rechaza la idea de que el espacio es históricamente constituido por el modo de producción, y la consecuencia necesaria de que la explicación de las estructuras espaciales implica la comprensión del modo de producción que las produce. Gottdiener asevera que no existe una estrecha correspondencia entre, por ejemplo, las formas de la ciudad y los estadios en el modo de producción capitalista. Sostiene que no es demostrable la relación entre fases del desarrollo social del capitalismo y las formas espaciales, de manera que no han existido la ciudad capitalista industrial, la ciudad capitalista monopolista, o la ciudad capitalista global.

Esto trae consecuencias serias a la hora de pretender abordar el estudio del espacio. Por una parte, parece negarse la existencia de una totalidad espacial generada o producida por el modo de producción capitalista y, por otra, se deja en entredicho la validez de estudiar el espacio en una dimensión histórica que revele el proceso de su producción. En este pun-

to, la mirada del espacio desde la teoría de la estructuración evade la mirada de la historia de la totalidad espacial diferenciada y desequilibrada, como la proponen Harvey, Soja y Milton Santos, para dedicar su esfuerzo a estudiar históricamente procesos parciales y localizados de estructuración de sociedades que construyen espacios también particulares desarticulados en su temporalidad. La ciudad, por ejemplo, desde esta perspectiva, se asume como una entidad o como un sistema, que si bien está expuesta al influjo de las estructuras del capitalismo, puede tomar su forma de fuerzas locales más relacionadas con la conducta de los actores urbanos. Parece entonces que por esta vía se escapan las posibilidades de una teoría general de la producción capitalista del espacio, que permita comprender el desarrollo geográficamente desigual. Aquí radica una de las diferencias fundamentales con el materialismo histórico-geográfico como el propuesto por Harvey.

Por otra parte, esta forma de abordar el espacio no incluye las espacialidades reivindicadas por la geografía de género, que no sólo hace énfasis en las diferencias espaciales generadas por el modo de producción y expresadas en el desarrollo desigual de las regiones, sino en las diferencias que el espacio hace y en las espacialidades que generan las diferencias en las relaciones entre actores sociales diferenciados por género. El énfasis en estudiar la estructuración del espacio restringe las espacialidades generadas por las relaciones entre los actores. No hay que olvidar que en el caso de las geografías de género hay más interés por la espacialidad que por el espacio mismo, entendida la espacialidad como el producto de la espacialización de las relaciones sociales, incluidas las de producción, pero no reducibles a estas últimas.

La teoría de la estructuración no permite captar la multiplicidad de las formas de poder implícitas en las relaciones sociales entre los actores. Es más, el mismo Giddens argumenta que reconocer esa mirada de micropoderes dificulta el estudio del poder en sí mismo. Si el poder está en todas partes, critica Giddens, y en todas las escalas, agrego yo, entonces no está en ninguna parte, concluye. Pero desconocer las manifestaciones de los micropoderes es también desconocer sus microespacialidades. Tales microespacialidades son notorias en la vida urbana, por ejemplo, las generadas por la apropiación territorial de espacios por vendedores callejeros que excluyen y desterritorializan a otros actores de su misma condición social. El poder se ejerce sobre los actores de forma vertical y de forma horizontal. La teoría de la estructuración, a nuestro juicio, no tiene en cuenta esas relaciones horizontales y desprecia la micropolítica y prefiere estudiar

el problema del poder en la escala estatal e interestatal. Giddens (1997: 285) no hace ningún reconocimiento al postestructuralismo y manifiesta que "debemos romper con el estilo de pensamiento postestructuralista que Foucault representaba". Pero romper con Foucault implica dejar de ver muchas cosas que quedan ocultas cuando soslayamos lo micro o la microfísica del poder: la micropolítica, la microespacialidad, entre otras.

CONCLUSIÓN

Esta exposición nos revela que los esfuerzos por dotar a la geografía de un marco teórico consistente sobre la naturaleza del espacio han sido ingeniosos y fructíferos. Aunque no se puede ignorar que se está lejos de la unanimidad en la materia o de una particular dominancia paradigmática; por el contrario, la confrontación teórica es la norma. La importancia de tales logros se debe medir por el impacto que tengan sus formulaciones teóricas en la consolidación de la geografía como práctica científica, y en sus aportes a la teoría social contemporánea urgida de comprender e incorporar el espacio en el núcleo de su pensamiento, para superar las interpretaciones sesgadas y parciales de la realidad social.

La geografía ha dado un giro epistemológico importante, y de su simpatía por las explicaciones fundamentadas en la lógica de las ciencias naturales, ha pasado a preferir las interpretaciones guiadas por la lógica de las ciencias sociales, que en los tiempos que corren beben en la fuente de las humanidades.

La condición de viudez espacial que le endilgara Milton Santos ha sido superada por la geografía en corto tiempo, pero pocos se han dado cuenta del asunto. En los años setenta a los geógrafos se les reprochaba por teorizar poco; ahora son muchos quienes se sienten incómodos con el abundante y novedoso lenguaje del discurso sobre el espacio, cargado de confusos e incomprensibles tropos, que hacen que legos y entendidos coincidan en que se ha erigido una torre de Babel, en la que la incomunicación y la incomprensión entre los distintos campos de especialización geográfica amenazan con incrementar la fragmentación de la disciplina.

Pero los geógrafos no podemos esperar cosas distintas; uno de los riesgos del giro epistemológico enunciado tiene que ver con el abandono de las certezas y los criterios de definición de lo "verdadero", tan comunes en las ciencias naturales y en los enfoques positivistas y marxistas de las ciencias sociales. Como no hay patrón de verdad en las ciencias sociales con-

temporáneas, los geógrafos debemos acostumbrarnos a la rutina de las que Habermas denominó las ciencias de la discusión.

Pensar y teorizar sobre el espacio es para los geógrafos su segunda oportunidad sobre la tierra, ahora que el espacio es importante para la teoría social. Pero dicha tarea no puede interpretarse como que la geografía reclame para sí el ser la ciencia del espacio, o que internamente sea posible desarrollar un discurso coherente, propio y exclusivo de una determinada tendencia. El espacio, en los tiempos que corren es demasiado importante como para dejárselo sólo a los geógrafos, para expresarnos en términos similares a quienes negaron en el pasado reciente que la economía era sólo para los economistas. La reflexión disciplinaria ha de continuar, sin duda, pero con un objetivo más amplio que es el de contribuir en la construcción de una teoría social, que supere la fragmentación de las ciencias sociales y que nos acerque más a la comprensión del mundo. La realidad social es una totalidad compleja y no puede ser abordada con teorías simples y simplificadoras. Como recomienda Morin, los problemas complejos se deben abordar con soluciones complejas. La geografía siempre ha tenido una vocación de ciencia compleja y esto, en el momento actual, la hace más interesante y posiblemente más útil.

LISTA DE REFERENCIAS

- Burton, Ian, 1982. "La revolución cuantitativa y la geografía teórica", en: *El pensamiento geográfico*, de Gómez, Josefina; Julio Muñoz y Nicolás Ortega (Madrid: Alianza Editorial), pp. 412-420.
- De Souza, Anthony, 1992. *A Geography of World Economy*, Columbus: Merrill Publishing Company.
- Fals, Orlando, 2000. *Acción y espacio*, Santafé de Bogotá: IEPRI (UN)- TM. Editores.
- Gámir, Agustín; Mauricio Ruiz y Joana María Seguí, 1995. *Prácticas de análisis espacial*, Barcelona: Oikos-tau.
- George, Pierre, 1967. *Geografía activa*, Barcelona: Editorial Ariel.
- , 1970. *La acción del hombre y el medio geográfico*, Barcelona: Ediciones Península.
- Giddens, Anthony, 1979. *Central Problems in Social Theory. Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*, Berkeley: University of California Press.
- , 1993a. *Consecuencias de la modernidad*, Madrid: Alianza Universidad.
- , 1993b. *New Rules of Sociological Method*, Stanford: Stanford University Press.
- , 1995a. *La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- , 1995b. *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, Stanford: Stanford University Press.
- , 1997. *Política, sociología y teoría social*, Barcelona: Editorial Paidós.

- Glick, Thomas, 1985. "Antes de la revolución cuantitativa: Edward Ullman y la crisis de la geografía en Harvard (1949-1950)", *Geocrítica*, 55: 9-44.
- Gottdiener, Mark, 1994. *The Social Production of Urban Space*, Austin: University of Texas Press.
- Gregory, Derek, 1984. *Ideología, ciencia y geografía humana*, Barcelona: Oikos-tau.
- , 1994. "Social theory and human geography", en: *Human Geography: Society, Space, and Social Science*, eds. Derek Gregory; Ron Martín y Graham Smith (Minneapolis: University of Minnesota Press), pp. 78-109.
- Haggett, Peter, 1976. *Análisis locacional en la geografía humana*, Barcelona. Editorial Gustavo Gili.
- , 1994. *Geografía: Una síntesis moderna*, Barcelona: Ediciones Omega.
- Hartshorne, Richard, 1978. *Propósitos e natureza da geografia*, São Paulo: Editora Hucitec.
- Harvey, David, 1969. *Explanation in Geography*, Londres: Arnold.
- , 1977. *Urbanismo y desigualdad social*, México: Siglo XXI Editores.
- , 1982. *The Limits to Capital*, Chicago: University of Chicago Press.
- , 1983. *Teorías, leyes y modelos en geografía*, Madrid: Alianza Editorial.
- , 1989. *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Oxford: Basil Blackwell.
- , 1996. *Justice, Nature & the Geography of Difference*, Cambridge: Blackwell Publishers.
- , 2000. *Spaces of Hope*, Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- Jameson, Fredric, 1991. *Postmodernism or, the Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham: Duke University Press.
- Knox, Paul, 1994. *Urbanization: an Introduction to Urban Geography*, New Jersey: Prentice-Hall.
- Lefébvre, Henry, 1991. *The Production of Space*, Oxford: Blackwell Publishers.
- Massey, Doreen, 1994. *Space, Place, and Gender*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Peet, Richard, 1998. *Modern Geographical Thought*, Oxford: Blackwell Publishers.
- Sabaté, Ana; Juana Rodríguez y M. Ángeles Díaz, 1995. *Mujeres, espacio y sociedad*, Madrid: Editorial Síntesis.
- Santos, Boaventura, 1998. *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*, Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes.
- Santos, Milton, 1987. *O espaço do cidadão*, São Paulo: Nobel.
- , 1990. *Por una geografía nueva*, Madrid: Espasa-Calpe.
- , 1991. *O trabalho do geógrafo no terceiro mundo*, São Paulo: Editora Hucitec.
- , 1996a. *A natureza do espaço*, São Paulo: Editora Hucitec.
- , 1996b. *De la totalidad al lugar*, Barcelona: Oikos-tau.
- , 1997a. *Espazo e método*, São Paulo: Nobel.
- , 1997b. *Técnica, espaço, tempo: Globalização e meio técnico-científico informacional*, São Paulo: Editora Hucitec.
- , 1997c. *Pensando o espaço do homem*, São Paulo: Editora Hucitec.
- Soja, Edward, 1993. *Geografías pós-modernas: A reafirmação do espaço na teoria social crítica*, Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- , 1996. *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and other Real-and-Imagined Places*, Oxford: Blackwell Publishers.
- Unwin, Tim, 1995. *El lugar de la geografía*, Madrid: Editorial Cátedra.
- Wallerstein, Immanuel, 1998. "Espacio Tiempo como base del conocimiento", en: *Participación popular: retos del futuro*, ed. Orlando Fals Borda (Bogotá: ICFES/IEPRI/ COLCIENCIAS) pp. 47-68.